

indulto propuesto por José de la Cruz. Tal es el documento que hoy se publica nuevamente.

Alberto ROSAS BENITEZ
Universidad de Guadalajara

IMÁGENES DE HUMBOLDT

De los muchos libros que aparecen todos los años sobre México, sólo pocos ofrecen una verdadera aportación o novedad. Los más son productos de polémica política o de la vieja disputa entre hispanistas e indigenistas. Resulta en verdad una agradable sorpresa encontrarse con un libro sugestivo sobre la historia mexicana, como el del doctor Ortega y Medina, *Humboldt desde México*,* libro ameno, de fácil lectura y lleno de ideas nuevas sobre nuestra historia.

Humboldt, motivo frecuente de homenajes, alocuciones, artículos y algunos estudios serios, sobre todo durante la conmemoración del centenario, ha sido tratado casi siempre bajo aspectos rutinarios. Ortega y Medina le ha encontrado al tema una perspectiva casi inusitada: presenta la historia de la visión que los mexicanos han tenido del sabio alemán a través de las dos últimas centurias; hace pues, desfilar "la imagen constantemente cambiante de Humboldt que la conciencia mexicana se ha venido creando, destruye creando de acuerdo con las circunstancias históricas". Obligado así, por su tema, el doctor Ortega no sólo nos ofrece la imagen polifásica de Humboldt a la que cada generación mexicana le agrega un aspecto, sino que a la vez, nos ofrece un paseo por las principales etapas históricas del México moderno, caracterizándolo ampliamente para acomodar la visión que conforme a su especial momento iban a tener de Humboldt. El estudio resulta verdaderamente apasionante al mostrarnos palpablemente, cómo los hombres acomodan historia y personajes históricos a su circunstancia particular; cómo tales personajes son muertos cuando dejan de tener una función en el sistema vital de ideas y cómo se les revive cuando pueden volver a ocupar un papel.

El libro consta de dos partes y un apéndice. La primera, analiza la figura de "Humboldt en la conciencia mexicana del siglo diecinueve" y la segunda parte, "Humboldt en la conciencia mexicana del siglo veinte". El apéndice contiene el

* Juan A. ORTEGA Y MEDINA, *Humboldt desde México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

análisis de las ideas expresadas en diarios, revistas y conferencias durante la conmemoración del centenario de la muerte del sabio alemán, así como la síntesis y conclusiones del trabajo. Termina el libro con una cuidadosa bibliografía, un índice onomástico y una iconografía.

La parte más sugestiva es la primera. El México del xix, balbuceante, inestable, en estado de formación, presenta cambios bruscos en sus ideologías y la figura de Humboldt va transformándose como por arte de hechicería. El primer papel que desempeña nuestro héroe en la historia de México es el de incitador de la independencia. Su célebre *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, publicado en 1811, sugirió una serie de ideas al ya orgulloso y resentido criollo, como lo prueba el hecho de que, no importando sus diversas posiciones políticas, tanto Alamán, Zavala, Mier y Mora, se declaran deudores del Barón. Pero no sólo los mexicanos iban a leer el *Ensayo*; aparecido en París, iba también a ser leído por numerosos europeos que verían en él el anuncio de innumerables posibilidades lucrativas, y el libro iba a ser el atractivo y la guía de negociantes y viajeros durante gran parte del xix.

Pero si para los políticos inexpertos de los primeros años de la república, Humboldt sería una guía para gobernar, no importa qué ideas políticas profesaran, para la generación del medio siglo va a tener también su significado: Juárez por decreto le declara "Benemérito de la Patria" y le reconoce la deuda de gratitud que la República le debe. Los liberales, en general, lo usaron como la prueba de los males del orden colonial y la necesidad de progreso.

La generación de la segunda mitad del xix, formada por muy diversas corrientes ideológicas, pocas veces puras, y constantemente mezcladas (liberalismo, romanticismo, positivismo y cientificismo) ve a Humboldt en diversas formas. El positivismo lo contempla como santo de la religión de la humanidad, glorificado por sus servicios a ésta en el pasado. Junto a esta imagen austera, aparece otra, la de "un Humboldt agitado, combatiente, vendavalista, viajero borracho de naturaleza y dipsómano de paisajes tropicales", el Humboldt romántico, tan diferente del científico que pinta Orozco y Berra. Éste, cambiando la tradicional visión del mago Humboldt que por vez primera estudiaba científicamente a México, señala valientemente una limitación del *Ensayo*, o mejor dicho, la parte que en él tuvieron los hombres de ciencia novohispanos. Para Orozco y Berra, Humboldt es la "inteligencia privilegiada que con método une, compara y critica los datos

laboriosamente recogidos por los hombres de la colonia". Chavero, historiador enamorado de la cultura antigua, aunque también erudito como Orozco, va a descubrir un nuevo valor en la obra de Humboldt: el sabio interesado en la historia de las civilizaciones, no se satisface únicamente con el estudio de las crónicas, sino que inicia el estudio de las antigüedades, de los jeroglíficos e incluso empieza a advertir un nuevo valor estético en ellas.

Termina el siglo y ya Humboldt tiene grandes e importantes papeles desempeñados en la historia de México, los primeros pragmáticos y los subsiguientes intelectuales. Pasa de incitador de la independencia y de la inversión de capital extranjero en México, a ser argumento contra la dominación española, santo de la religión de la humanidad, descubridor científico de América (segundo Colón, como le llamó Manuel Nicolás Corpacho en 1863), e iniciador de la revalorización de la historia antigua y sus monumentos. A comienzos del siglo xx, pierde importancia. Se convierte en instrumento del afán diplomático de acercamiento entre México y Alemania. Para el intelectual de la última década porfirista Humboldt era ya arqueología. ¿No se había superado ya el estado lastimoso del país pintado por aquél? Ahí estaba la prueba: *México. Su evolución social*.

Realmente parecía que ya Humboldt había cumplido su tarea en la historia de México. Aunque su figura seguía evocándose, ya sólo ocasionalmente llegaba a verse inyectada de una verdadera personalidad. Todavía Pereyra, el historiador que iniciaba su carrera dentro del positivismo y la terminaba como ferviente defensor de la hispanidad, ve en el Barón "el enamorado caballeresco de América, el admirador romántico de sus paisajes, el huésped simpático de su sociedad y además de esto el geólogo, el naturalista, el geógrafo sobre todo y genial fundador de la filosofía social en los países americanos".

El ciclo del Humboldt del *Ensayo* sí estaba prácticamente liquidado, alusiones anecdóticas, las casi caricaturas donjuanescas de nuestro héroe lo evidenciaban, pero ¿no tenía Humboldt una dimensión intelectual más amplia? Efectivamente y por ahí se había de iniciar una nueva valoración del ilustre Barón. Tocaba a Edmundo O'Gorman el llevar a cabo dicha revaloración que se hacía ahora desde el punto de vista estrictamente idealista y romántico. Era no ya el Humboldt del *Ensayo*, sino aquél de una obra más profunda y acabada, el *Cosmos*, donde poco después Graef y el padre Garibay iban a encontrar también un motivo de interés.

Nos ha presentado así el doctor Ortega la imagen flexible y ondulante de Alejandro de Humboldt. Su sombra polifásica se ha amoldado a todas las circunstancias y necesidades de las épocas; independiente de la vida real de su autor, la conciencia mexicana había creado un Humboldt propio, que fielmente acompañaría al joven país en sus vicisitudes, y de acuerdo a ellas le negaría o le afirmaría, pero le tendría presente. Llegamos a verle casi morir a principios del siglo xx, pero un nuevo empeño, ahora seriamente filosófico en la pluma de O'Gorman, le rescata de las sombras y le da una nueva y más justa valoración. La aventura de esta vida activa y fructífera resulta apasionante y nos deja preguntándonos ¿cuál de todos será el verdadero Humboldt? Y claro, debe aceptarse que todos, pues todos ellos recibieron algo del aliento vital del Barón.

Josefina ZORAIDA VAZQUEZ
El Colegio de México

GOROSTIZA DESTROZADO *

EL VASTO CAMPO de investigación que el título de este volumen sugiere, queda sin cubrir por el contenido de la obra. No es ni una biografía de Gorostiza, ni un cuadro de su época, ni un estudio de sus obras; cualquiera de estas cosas requeriría en último término un conocimiento preciso de su época y un sentido de perspectiva que aquí falta por completo. Está formado el libro por una masa de materiales indigestos y copiados sin esmero, agrupados sin tener en cuenta la verdad, el orden o la cronología, y sin que se identifique su procedencia o la ubicación actual del original. El sumario sugiere que hubieran podido servir para breves artículos periodísticos, pero muchos de los documentos están tan mutilados que el conjunto no resulta fidedigno. La bibliografía y el índice destacan por su ausencia.

En toda la obra aparecen afirmaciones inexactas y contradictorias. En la página 11 se hace morir a su padre, Pedro Fernández de Gorostiza, el 8 de noviembre de 1794; en la página 14, muere el 8 de junio. Según la página 18, los her-

* ARMANDO DE MARIA Y CAMPOS, *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo. Su vida. Su obra.* México, 1959; 436 pp.